

Una generación nueva de personas jubiladas

Dra. María Teresa Bazo

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea

La reestructuración industrial ha conllevado la expulsión del mundo del trabajo de numerosas personas menores de 65 años. Depojar, especialmente de forma inesperada., a un varón de su rol de trabajador puede suponer -además de otros conflictos- poner en entredicho su propia identidad de varón, su masculinidad, que se asienta principalmente en ese rol clásico de la sociedad industrial de “cabeza de familia”. En la postmodernidad sin embargo, puede que las personas encuentren en ese periodo de sus vidas formas nuevas de emancipación. Se presentarán brevemente algunos resultados de una investigación realizada por la autora.

Erretiroa hartutakoena belaunaldi berria

Industriaren egituratze berriak 65 urtetik gorako hainbat pertsona utzi ditu lan-mundutik at. Gizonezkoa bere langile-eginkizunetik kanpo ustekabeaz uzteak – beste arazo batzuek gain- zalantzan jar dezake bere gizontasuna, bere artasuna; izan ere, gizarteak aspaldi eman baitio “familiararen buru” izatearen papera. Postmodernitatean, haatik, baliteke pertsona horiek euren bizitzaren aldi horretan euren buruaren jabe izateko beste era batzuk topatzea. Autoreak egindako ikerketaren zenbait emaitza aurkeztuko dira.

A new generation of retired persons

Industrial restructuring has brought the expulsion from the world of labour of numerous persons aged under 65. Stripping a male of his role as a worker, especially in an unexpected manner, can mean - besides other conflicts - placing his very personality as a male, his masculinity, into question, which principally rests on that classic role of industrial society: the “head of the family”. In post-modernity, however, it is possible for these persons to find new forms of emancipation in that period of their lives. Some results of the author’s research are briefly presented.

Vivimos en sociedades que son cada vez más “ancianas”. España, por las proyecciones que se realizaron hace ya dos décadas, estaba previsto que llegase a ser la sociedad más envejecida del mundo. El último informe de la ONU sigue pronosticándolo. Para mediados del siglo que acaba de comenzar se prevé que cerca de la mitad de la población (44%) tenga 60 ó más años, y que la media de edad de la población (no la esperanza de vida) sea de 55 años. En la actualidad es de 39 años, siendo de 37 para los varones y de 40 para las mujeres. Las medias correspondientes al País Vasco son algo más altas, de 40 años la general, y de 39 y 41 años para varones y mujeres respectivamente.

Que una población envejezca es debido a la conjugación de dos factores: que disminuyen las tasas de mortalidad y que descienden también las de natalidad. En la actualidad el llamado Índice de infancia es del 15% en España. Es decir que el 15% de la población es menor de 15 años. En Euskadi es del 12% y todavía menor en Bilbao pues supone el 11%. El Índice de juventud, referido a las personas entre 15 y 29 años, es del 24% en España, del 23% en Euskadi, y del 22% en Bilbao. Al compararlo con el anterior se aprecia como se ha producido en la Villa una disminución de niños y jóvenes. Y finalmente, el Índice de vejez que es en España y en Euskadi del 16%, en Bilbao sube hasta el 19%. Bilbao está más envejecido que el resto de la Comunidad Autónoma. El volumen de personas de 65 y más años en Bilbao es de casi 68.000, y aumenta cada día.

Vivir más –como ocurre sólo recientemente y por primera vez en la historia de la humanidad– y que cada vez más personas lo hagan en mejores condiciones de vida y salud, como está ocurriendo en las sociedades desarrolladas, no es una catástrofe colectiva, sino un logro social. Y quienes estamos aquí hemos tenido la suerte de que nos toque vivir ahora.

Sin embargo, es habitual que cuando se oye hablar o se lee sobre las personas mayores es para escuchar, o leer a continuación una serie de problemas que azotan a las sociedades que envejecen. Suelen ser las amenazas que supone la existencia de muchas personas de edad para los sistemas de salud, de pensiones, y de bienestar en general. Se habla en términos de “dependencia” y de “carga”. ¿Cuántas veces han leído u oído ustedes hablar de las personas jubiladas como “donadoras”, “aportadoras” “contribuyentes” al bienestar de las demás personas? En las sociedades industrializadas el estatus de las personas mayores, y por tanto su prestigio social así como su influencia y poder, son más bajos que en las sociedades donde el conocimiento de las personas ancianas es valorado por resultar útil a la sociedad. El conocimiento que se valora en nuestras sociedades es el técnico y científico, del que las personas de edad, en general, carecen, o son deficitarias.

Por otro lado, en las sociedades económicamente desarrolladas el trabajo, entendido como empleo, ha decrecido en cuanto a la proporción de personas que lo ejercen (los niños y jóvenes estudian y los mayores se jubilan) al tiempo que el crecimiento económico es mayor, y la productividad más alta debido

sobre todo a las nuevas tecnologías. Además, a lo largo del siglo XX ha disminuido de manera creciente el número de trabajadores de entre 55 y 65 años. Sólo entre los años 1971 y 1995, el peso en la fuerza de trabajo de los trabajadores de entre 55 y 64 años en España, disminuyó el 42%, el 47% en Francia, el 48% en los Países Bajos, así como algo menos en otros países europeos, mientras que en los Estados Unidos sólo descendió el 18% y *el 5% en Japón*.

Que se haya producido ese proceso por el que se expulsa del mercado de trabajo a cada vez más trabajadores de entre los denominados “de edad”, es decir que pueden ser de alrededor de los cincuenta años, no es ni por razones de eficiencia, ni por su incapacidad para ajustarse a los cambios tecnológicos. Tal hecho se produce porque sobre la base de tales prejuicios, se ha creado un mecanismo de discriminación en razón de la edad, que actúa en contra de esos grupos. Empresas con beneficios millonarios –ya no en crisis como en otras décadas– anuncian un día sí y otro también la salida como jubilados prematuros de cientos o miles de trabajadores. Si esto es posible, si resulta tolerable, es por la aceptación política, sindical y social, de ese mecanismo. La jubilación se ha convertido en un instrumento de gestión laboral.

Son muchas las consecuencias de tales políticas tanto en el ámbito individual, como la crisis de identidad sobre todo en los trabajadores varones, como económico, por cuanto supone de incremento del gasto en pensiones, al tiempo que esos trabajadores no cotizan. Además, se sabe que los puestos que en estas décadas han dejado los trabajadores mayores no han sido ocupados por los jóvenes, sino que en general se han amortizado.

Vemos que cada vez trabajan menos personas, tanto por la base de la pirámide de edades como por la cima, pero el valor del trabajo sigue siendo central desde el punto de vista cultural. De ese modo, aquellas personas que abandonan el trabajo por jubilación son percibidas progresivamente y conforme envejecen, con un estatus y prestigio social más bajos, lo que significa que son tratadas también de forma diferente. Los estereotipos y prejuicios sobre las personas de edad se encuentran extendidos ampliamente en las sociedades industrializadas, aunque no resulte aparente. Es lo que se conoce con el nombre de edadismo traduciéndolo del término anglosajón *ageism*. Se trata de un prejuicio sobre las personas de edad que actúa en su contra, como el sexismo o el racismo. Puede hablarse de las dos vertientes del edadismo: de menosprecio más o menos manifiesto, y de paternalismo, que es la otra cara de la moneda. Son sentimientos compartidos por la población en general y por las propias personas ancianas, pero también por los políticos, por los responsables de la elaboración de las políticas públicas, y por los profesionales y trabajadores sanitarios y sociales.

Muchas personas al jubilarse gustan de realizar múltiples actividades. Las investigaciones sobre las actividades y aportaciones de las personas jubiladas son escasas en todo el mundo, aunque tengan un desarrollo más amplio en los

Estados Unidos. Las personas mayores en la actualidad son un caudal que la sociedad no puede permitirse su pérdida o malgasto. Son personas en buen estado relativo de salud, cada vez con mayores conocimientos, en mejor situación económica que sus antepasadas, y con deseos de seguir siendo activas y útiles socialmente. Esta es hoy la realidad social de la vejez, a la que hay que añadir para completarla otra parte, más pequeña, de personas mayores que sufren enfermedades crónicas y discapacidad, y otras que son pobres. Son principalmente mujeres y de las más ancianas. Es a ellas a las que hay que dirigir las políticas para mejorar sus condiciones de vida.

Los resultados de la investigación que realicé en Bilbao¹, por su carácter pionero, contribuyeron a mejorar entre nosotros el conocimiento real de la vejez, o más bien, a conocer las diferentes vejezes que pueden vivirse, fuera de falsos estereotipos e imágenes falseadas. El 84% de los bilbaínos y bilbaínas mayores afirmaba sentirse feliz. Y sólo un 8% afirmó sentirse profundamente solo/a, mientras el 69% afirmó no sentirse así casi nunca o nunca. Proporciones similares se dieron en cuanto a la depresión, y el 64% afirmó no sentirse aburrido/a casi nunca o nunca.

Son personas jubiladas que manifiestan en general un relativo buen ajuste a la jubilación (57%) especialmente las clases trabajadoras y las amas de casa. Quienes peor parecen ajustarse son los empresarios, cuadros superiores, altos funcionarios, y trabajadores por cuenta propia. La aceptación de la misma es mayor (70%) sobre todo en este caso por los grupos socioprofesionales más altos. De modo que son grupos a los que les cuesta ajustarse, pero –teniendo recursos– la jubilación es mejor aceptada. Por último, el grado de satisfacción general con la jubilación es en promedio relativamente alto también (62%) aunque de nuevo los grupos socioprofesionales más altos son también más reacios a experimentar la jubilación como época, precisamente, de júbilo.

Entre esos bilbaínos y bilbaínas algo más de la mitad (53%) manifestaba que dedicaba el tiempo libre *principalmente* a pasear y a ver la televisión. Al club de jubilados asistía la tercera parte (30%). Entre las actividades que realizaban en el club y las que les hubiera gustado que se realizasen, para la gran mayoría (89%) la principal era la organización de viajes, seguida de organizar conciertos (77%) comidas (77%) charlas educativas (76%) escuchar música (73%) y tener biblioteca (72%). Otras actividades tenían una aceptación algo menor pero por encima del 50% como organizar bailes (66%) ejercicios físicos (52%) y algo menos entusiasmo concitaba la idea de formar un coro (42%) o hacer teatro (40%).

¹ María Teresa Bazo (1990) *La sociedad anciana*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI.

Las actividades que movían a las personas mayores de Bilbao a salir a la calle eran de carácter social, en cuanto se trataba de relacionarse con familia y amigos, así como hacer las compras diarias, y el periódico. Todo ello implica posibilidades de interacción social. Ir a la iglesia –que puede entenderse como actividad social– también era practicada por la mayoría de ellas. Otras actividades movían a las personas a salir a la calle aunque en menor medida, como ayudar a los hijos e hijas en negocios familiares (13%) ayudar a otras personas (13%) o recoger a los nietos y nietas del colegio (9%), entre otras.

Las personas jubiladas en la actualidad no se encuentran ni aisladas ni desvinculadas de los demás miembros de la sociedad. Participan de la vida del entorno familiar y también de la de diversos grupos y asociaciones. Las personas de edad son receptoras de apoyos de su familia principalmente, y también de las instituciones en ciertos casos, pero asimismo proporcionan apoyos a sus familiares sobre todo, y a otros grupos sociales como se demuestra en ciertas investigaciones². El asociacionismo entre las personas de edad está aumentando. Muchas de las actividades que realizan puede decirse que son de carácter altruista. Se trata de ofrecer a otros su experiencia, conocimiento, tiempo y dedicación. Las receptoras de sus aportaciones pueden ser personas jóvenes desempleadas que desean ciertas habilidades y aprendizajes (CONEX) empresarios jóvenes que no pueden pagar un asesoramiento especializado (SECOT), personas hospitalizadas a las que se visita y orienta en lecturas que les pueden proporcionar, compañía a otras personas ancianas (Aulas de Tercera Edad de la Diputación de Álava).

Todo eso es en el ámbito social, pero la ayuda material que proporcionan las personas ya jubiladas, así como el apoyo emocional, y el económico a los distintos miembros de la familia, resulta todavía desconocido, y no se ha cuantificado económicamente. No es que el baremo económico deba de ser el único que sirva para evaluar las actividades humanas, pero siendo realistas podemos observar que sólo cuando se les aplica un valor económico, son valoradas socialmente. ¿Cómo podría vislumbrarse un panorama en nuestra sociedad –con el grado de desempleo entre las personas jóvenes más alto de la Unión Europea– sin que se cree un problema social por el aumento de las personas jóvenes sin hogar? (los denominados *homeless*). ¿En cuanto podría calcularse el coste de evitar que los hijos y nietos caigan en la marginalidad ni creen conflictos sociales graves –y en cambio mantengan las pautas de normalidad social– mientras encuentran una situación económica más o menos estable? Nuestras políticas de familia no apoyan a las personas que no han trabajado, y son las

² Puede consultarse: María Teresa Bazo (1996) “Aportaciones de las personas mayores a la sociedad: Análisis sociológico”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 73: 209-222 y María Teresa Bazo (2001) *La institución de la jubilación: De la sociedad industrial a la postmodernidad*. Valencia: Nau Llibres. Colección Edad y Sociedad (especialmente a este respecto el último capítulo).

familias quienes las sostienen, en muchas de las cuales el cabeza de familia es un jubilado.

Son sólo algunas de sus aportaciones. Y también es importante otro tipo de actividades de carácter cultural y recreativo. Son personas las de la actual generación de personas mayores que se socializaron tempranamente en el trabajo, y que hasta recientemente no han tenido noción de lo que es el ocio. La Teoría de la Actividad sostiene que las personas que han mantenido unos niveles de actividad determinada a lo largo del ciclo vital, en la edad madura gustan de seguir practicando actividades. Esas pueden tener otro carácter porque las circunstancias que les rodean, y las mismas personas, han cambiado, pero el factor esencial es que les proporcionen un significado vital. Que las personas puedan reencontrar tras la jubilación, y en el caso sobre todo de las mujeres mayores actuales, después de la viudez en muchos casos, unos roles *activos* que mantengan elevada su autoestima y bienestar psicológico, es fundamental para su calidad de vida.

De ahí la importancia de que el Ayuntamiento de Bilbao –ya que es lo que más nos concierne en este momento– proporcione a las personas jubiladas, no tutelas, sino cauces, medios, apoyo para que puedan participar en la vida social. Es importante que en todos los barrios haya centros deportivos y culturales con múltiples actividades, en cuya organización *participen* (es decir, no sólo de forma pasiva) los diversos grupos sociales, entre ellos las personas de edad. Ese gasto no es tal, sino que es una inversión, pues el mejor estado físico y mental de las personas mayores por mantener una actividad, redundará en el descenso del gasto médico, farmacéutico, y de los servicios sociales. (Una vez más deben apuntalarse los análisis sobre argumentos económicos, para que resulten más *convincientes*).

También resultaría pertinente que las personas de edad fuesen involucradas por el ayuntamiento en la propia re-construcción de la ciudad, desde el punto de vista de una ciudad que será próximamente de personas ancianas. Lo que acabo de decir sé que asusta a muchas personas, que pueden temer que en el futuro el brillo del Guggenheim se empañe con tanta persona mayor por la calle. Sólo les diré una cosa: Tengámoslo claro, esos señores y señoras ancianos serán ustedes, seremos nosotros. Y no nos consideraremos viejos o viejas. ¡Eso es exactamente lo que les pasa a las actuales personas ancianas! Preparemos pues desde ya, nuestro futuro en nuestra ciudad.

Muchas gracias.